

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Miércoles, 27 de Agosto de 2008

### LA BARCA DE CARONTE. VIGESIMOSEGUNDO CAPÍTULO. LA AGONÍA DE CELIA.

No somos lo suficientemente conscientes de lo que han supuesto los avances médicos de nuestro último siglo de existencia como especie. Pero el relato que a continuación tendrán la oportunidad de leer si así lo desean, es una pequeña muestra de lo que sucedía en aquella edad oscura donde la medicina no era sino un resquicio de un saber antiguo que nunca se llegó a recuperar del todo. El caso de la historia que me dispongo a narrarles con mis humildes palabras es más fragante si cabe. Ya entenderán por qué. Este capítulo de mi “querida” *Barca de Caronte* está inspirado en uno que apareció por primera vez ante mis oídos en un programa de radio, *Milenio 3*. Les aseguro que oír algo muy parecido a lo que les voy a relatar a eso de las dos y pico de la madrugada no es precisamente muy reconfortante. Pero en el fondo me cautivó la historia. Voy a intentar no defraudarles y me ceñiré todo lo posible, en los detalles, al relato original. Espero que sepan perdonarme si este capítulo no está a la altura de lo que ustedes merecen. Allá voy:

Hará ya un par de años cuando el ayuntamiento de Sevilla no pudo evitar iniciar unas reformas, bastante necesarias por otra parte, en el cementerio de San Pablo. En el plan de obra figuraba, como se podrán imaginar, el traslado de algunos restos desde sus sepulturas originales hasta un espacio habilitado especialmente. La parte del cementerio que no quedó más remedio que remover era la más antigua. Saben ustedes que la parte más antigua de los cementerios, sobre todo en ciudades históricas como Sevilla, es también la parte más tenebrosa, a medio camino entre gótica y barroca. Debido a que algunas de las capillas y nichos que tenían que ser trasladados se encontraban cerca de algunos bloques de lápidas que se habían usado recientemente, algunas cuadrillas de obreros tuvieron que trabajar bajo la luz de la Luna inevitablemente. Haber trabajado bajo un sol de justicia, como el típico de Sevilla, les hubiera obligado a utilizar mascarillas y la sensación de asfixia hubiera sido insoportable.

Bueno, pues imaginaos por favor la escena: una escuadra de obreros se encuentran picando los extremos de una enorme losa en el interior de una capilla señorial cuyo último propietario murió en agosto de 1890. A pesar de que se encuentran en pleno mes de julio (y se imaginarán cómo son las noches sevillanas de julio), la temperatura se precipitó tanto que algunos de los obreros decidieron ir a por sus chaquetas. No habían terminado de intentar levantar la enorme losa de mármol blanco cuando, ante el asombro y la sorpresa de todos los que por allí intentaban trabajar, se escucharon unos sonoros golpes. Alguien estaba chocando sus nudillos contra algo. Pronto comprobaron que los golpes provenían de debajo de la enorme losa que estaban intentando levantar sin romperla.

Asustados, los obreros decidieron continuar con su trabajo, pero ya saben lo que suele suceder en estos casos, y más en el interior de un cementerio bajo la luz tenue de una farola cuya bombilla no debería ser muy potente a juzgar por el uso que estos obreros hacían de sus linternas. La sugestión, esa sensación que te pone en estado de alerta ante el más mínimo sonido, se apoderó de todos. Pasados unos minutos y tras comprender que aunque quisieran, en toda la noche iban a ser capaces de levantar esa lápida en perfectas condiciones, decidieron marcharse hasta otro día.

Estos casos no suelen salir a la luz pública porque no es precisamente algo que se pueda contar a los amiguetes con una caña en la mano, ¿comprenden, no? Sin embargo, este grupete de obreros estaba comentando lo sucedido la noche anterior mientras saboreaban sus correspondientes cervezas en un bar cercano al cementerio. Era ya una hora bastante indecente como para que el bar estuviera lleno. Pero sí estaba a unos pasos de ellos un reportero del *Diario de Sevilla*, sentado en una mesa al lado de una de las ventanas. Aunque la televisión tenía un volumen bastante alto, la conversación de los obreros le estaba entrando por sus oídos casi subliminalmente. Ya saben, todo periodista debe caracterizarse, sobre todo, por su curiosidad. Y a éste no le faltaba curiosidad precisamente. No pudo evitar acercarse hasta los obreros y preguntar. Saben que es muy difícil preguntar sobre situaciones como la que acababan de vivir estos trabajadores. Aún así, obtuvo su recompensa.

El reportero del *Diario de Sevilla*, cautivado por lo que acababa de escuchar de la boca de los obreros, corrió como alma que lleva el diablo hasta su domicilio. Cogió su equipo de grabación (un pequeño magnetófono que utilizaba para grabar sus entrevistas y un pequeño grabador digital recientemente adquirido) y a continuación se marchó hasta el cementerio de San Pablo. Tal y como había acordado con uno de los obreros, éste le estaría esperando en una de las puertas principales. El reportero, lógicamente, esperaba que esa noche se sucedieran de nuevo ese tipo de sonidos, de golpes (que él utilizando su vena periodística definió como aquellos que normalmente se dan como signo de educación antes de entrar en una habitación cuya puerta está cerrada); pero a los obreros no les hacía ninguna gracia volver a escuchar aquello.

Nada más llegar hasta la capilla en la que se encontraban los obreros, el reportero advirtió un elemento importante: de nuevo la temperatura se desplomó, tanto, que volvió a su domicilio a desempolvar su anorak de invierno. Los obreros ya venían prevenidos. Después, el reportero puso en marcha su magnetófono y su grabadora digital dentro mismo de la capilla. Y desde fuera esperó acontecimientos. A eso de las dos y media de la madrugada, alguien volvía a hacer uso de su educación tañendo sus nudillos contra el enorme bloque de mármol. Todo ello iba a quedar registrado en la grabadora digital, pero curiosamente, no en el magnetófono. Como sabrán, un magnetófono es capaz de registrar un susurro a cien metros de distancia. Sin embargo, aquellos golpes no los registró.

Cuando, y tras varios minutos de golpecillos, todo parecía que iba a volver a la normalidad, entonces la losa comenzó a levitar como alzada por unas cuerdas invisibles. Hubiera querido verles la cara a todos los que estaban presenciando el fenómeno, pero aún así, y espero que ustedes también lo sean, soy capaz de imaginármelas. Cuando la lápida estaba a punto de alcanzar el techo, quedó suspendida sin que se apreciara ningún tipo de movimiento. Entonces, emergiendo quizás desde el hueco que había quedado al descubierto, un hedor a rosas, que el reportero posteriormente definiría como el que se puede oler en el parque de María Luisa de Sevilla en abril, inundó la capilla. Y tan de repente como había comenzado a levitar la enorme losa, casi en un parpadeo, volvió a su sitio. Lo hizo con tal sigilo, que nadie de los que allí estaban se había dado cuenta de que la losa había vuelto a donde estaba antes.

Pero la cosa no iba a quedar ahí. Poco después, cuando los obreros ya se habían recuperado del susto todo lo que un ser humano se puede recuperar tras haber visto lo imposible, como arrastrándose desde no se sabe muy bien donde, unos llantos de bebé comenzaron a atronar los oídos a todos los que allí permanecían. Poco después, se acompañó de una voz femenina, bastante joven, que tiernamente trataba de consolar a aquella criatura. Algunos obreros pensaron que se trataba de alguna indigente que había acudido al cementerio con su bebé para refugiarse. Pero no. Recorrieron buena parte del cementerio sin encontrar nada.

Aquella noche acabó también bastante antes de lo que hubieran deseado los obreros. En dos días, apenas habían sido capaces de mover la enorme losa. Por la tarde del día siguiente, el reportero comenzó a escuchar las grabaciones. En su grabadora digital apenas obtuvo nada. Únicamente un ruido apenas perceptible que luego los expertos determinarían como el sonido que se produce cuando se araña la madera. En el magnetófono, aparte de los golpes de nudillos, se grabaron los llantos de un niño y la voz “en off” de quien trata de consolarle. Nada se pudo escuchar en claro de lo que estaba diciendo esa voz. Sin embargo, una hora después de las últimas grabaciones, en la misma cinta se pudo escuchar: “*No tengo justicia. Enterrados vivos. Os maldigo. ¡¡¡Malditos seáis!!!*”. El reportero sabía que aquello no podía estar grabado. Su magnetófono llevaba ya una hora apagado cuando se supone que se registró esto.

Y aquí llegamos a la resolución final del caso. Espero que os esté gustando. Veréis: las tres noches siguientes fueron las más tranquilas de todas las que habían transcurrido en San Pablo. Finalmente los obreros pudieron levantar aquella losa que ya vieron levantar anteriormente. Sacaron al exterior los doce ataúdes que habían permanecido en el interior de la dichosa capilla y procedieron a trasladarlos hacia el lugar que les habían indicado, esto ya de día.

Llamaba la atención un ataúd blanco con una fecha a los pies: 1857. Cuando se trasladan ataúdes tan antiguos hay que tener bastante cuidado, pues la madera se encuentra bastante podrida y se corre el riesgo de que se deshagan por el camino. Pues bien, estaban trasladando el ataúd blanco, cuando al bajar un escalón, los obreros que levantaban el ataúd en su cabecera se quedaron con sendos trozos de madera en sus manos, cayendo el ataúd estrepitosamente contra el suelo. Fruto del enorme golpe, la tapa salió disparada hacia un lateral. Entonces se pudo comprobar quién iba dentro del ataúd.

La policía científica acudió a San Pablo para realizar distintas pruebas. En el interior del ataúd no había un cuerpo. Apareció el esqueleto de una mujer, posiblemente una adolescente a juzgar por las hechuras de su osamenta y el grosor de la misma. Apareció echada de medio lado, hacia la derecha, y su brazo derecho estaba extendido sobre su cabeza. Pero con el brazo izquierdo había sujetado y aún lo asía para sí a un pequeño, a un bebé. Efectivamente, el esqueleto diminuto de un bebé apareció apoyado sobre las costillas de la mujer, que con su brazo izquierdo rodeaba al pequeño. Era estremecedor. A todo ello hay que sumar los enormes arañazos que presentaba la madera de la parte interior de la tapa del ataúd.

El periodista del *Diario de Sevilla*, fiel a su curiosidad, quiso indagar para conocer qué era lo que había ocurrido. Supo que la capilla pertenecía a los López de Oviedo, una familia adinerada de la aristocracia sevillana durante el siglo XIX. El último de ellos murió en 1890 sin descendencia. A pesar de que apenas se había conservado la vestimenta de los cadáveres del ataúd blanco, a juzgar por los restos (eran de seda y algodón en su mayoría) todo encajaba. Algún mes había pasado ya y los restos habían recibido nueva sepultura en la parte adecuada por el ayuntamiento. La policía científica, que tiene casos más graves que éste, dejó a medias la investigación, pero sin embargo aportó dos datos importantes: tras haber analizado el cráneo de la mujer, se podía deducir que había estado golpeando su cabeza con bastante fuerza y durante bastante tiempo contra algo, posiblemente la tapa del sepulcro. El otro dato era desconcertante: por los ADN obtenidos, se podía decir que eran madre e hijo, pero en el caso del pequeño, presentaba unos rasgos distintos a la raza de la madre, es decir, posiblemente fuera hijo de un negro.

El periodista de *Diario de Sevilla*, continuó la investigación hasta el final. Un final que no salió a la luz hasta casi un año después de haber comenzado estos acontecimientos. Según sus investigaciones, doña Celia López de Oviedo había muerto el 14 de octubre de 1857 fruto de un desvanecimiento que acabó en parada cardíaca. Los médicos intentaron restablecerla con los medios que tenían pero, aparentemente permanecía muerta. A última hora ya ni siquiera notaban el movimiento que el pecho hace al respirar. Y se certificó su defunción. Muchos adujeron que había muerto de pena, porque su padre la quería casar con un rico hacendado sevillano treinta años mayor que ella. Y ella estaba completamente enamorada de Patricio, un joven esclavo cubano que servía a su padre. Comprenderéis que todo va encajando, ¿verdad?

Tras consultar el caso con algunos forenses y algunos doctores, el periodista llegó a una conclusión estremecedora, una conclusión que espero esté en todas vuestras mentes: hay un estado en el que el cuerpo permanece aparentemente muerto. Este estado se llama *catalepsia* y puede durar algunos días, e incluso semanas. Mientras el cuerpo permanece en este estado, no reacciona a pinchazos o cualquier estímulo exterior. Y lo más asombroso es que la respiración se hace imperceptible, tanto que puede que se llegue a estar sin respirar varias horas. Esto se desconocía en 1857. Ya se podrán imaginar la agonía de esta mujer y su hijo. Y tuvo que ser verdaderamente larga. Porque el reportero no pudo comprobar si cuando la enterraron tenía signos evidentes de embarazo o no. ¿Os imagináis lo que puede suponer dar a luz en una sepultura? También el periodista cotejó el dato de cuánto tiempo podía tardar una persona viva en fallecer en tales condiciones. Nos falta el dato de cuándo acabó su *catalepsia*. Pero además, por el estilo de la capilla, y debido a que posiblemente desde el interior del féretro la mujer pudo quitar un tornillo de la cruz y así poder entrar aire por el orificio, la cantidad de oxígeno puede que fuera mayor que en cualquier otra capilla. Ya saben que todas están dotadas de “respiraderos”. Sabemos que en 1854 había muerto una abuela de Celia, con lo que, aunque el olor no fuera bastante pesado, aún tendría que haberlo soportado también. En fin, toda una agonía.

Espero que les haya gustado este relato basado en uno que escuché en *Milenio tres*, como dije al principio. Un fuerte abrazo a todos de VK.